

Mujeres desesperadas (por definirse): un análisis de las relaciones entre los sexos

en la obra de Samanta Schweblin

Hernán Faifman

Universidad de Buenos Aires

Resumen

Este trabajo se propone estudiar y analizar las formas en que lo femenino se manifiesta en una de las obras neurálgicas de la nueva literatura argentina. Así, se presta especial atención a las formas y deberes que las mujeres deben asumir para poder manifiesta su identidad genérica, y a su vez, que repercusiones tiene este proceso en sus contrapartes masculinos.

Palabras clave

Samanta Schweblin, género, femenino, sistema.

No llora todavía, sino que, aborta en un shock de abandono, corrige los pliegues del vestido, analiza sus uñas, y contempla, como quien espera el regreso, la ruta por la que él se ha alejado. (Schweblin 2002: 39) Así comienza *Mujeres desesperadas*, uno de los mejores relatos que integran la colección *El núcleo del disturbio* de Samanta Schweblin. La peculiaridad del párrafo (y a la vez, del cuento) radica en su ilustración, de forma notable, de uno de los peores temores que una mujer puede experimentar en su vida: ser abandonada en ese día tan especial, la boda, ese día que marca la diferencia cultural entre ser una mujer y ser una mujer *de alguien*. La escena, como cualquier escena prototípica de la modernidad ha sido parodiada y utilizada como recurso narrativo y *leit motiv* en casi todos los medios que la cultura de masas tiene para ofrecer. ¿Por qué esta escena nupcial es vivida como un hecho traumatizante? ¿Por qué se le da tanta importancia a este evento, y por qué representa no ya un deseo sino una necesidad para tantas mujeres?¹ La respuesta no es nada simple y se pueden realizar lecturas de todo tipo: por ejemplo, si uno fuera a acercarse a cualquier mujer y preguntarle a qué se debe el entusiasmo, uno probablemente sería recibido con todo tipo de significaciones amorosas y connotaciones afectivas (“un amor para toda la vida”). Voloshinov, ya desde el siglo pasado, había estudiado al signo lingüístico como la arena no solo de la confrontación política por excelencia sino también

¹ Sostengo en este mismo momento una revista *Cosmopolitan*, recinto por excelencia de las cuestiones femeninas, la cual educa de forma tan tierna sobre la edad perfecta para llegar al matrimonio.

del ocultamiento: un signo puede usarse para tapar una realidad subyacente. Aquí, por caso, mediante el proceso que podríamos denominar como romantización (hacer de una institución un acto romántico), lo que se oculta es el origen exclusivamente y práctico y económico² que representó y todavía representa el matrimonio en la cultura occidental. Gayle Rubin ha hecho un sesudo análisis de las consecuencias y ramificaciones del matrimonio actual siguiendo a Levi Strauss y a Freud³ y escarbando un poco más, también se puede ver como esta función económica del matrimonio se vuelve relevante al examinar las posibilidades laborales que el mercado le permite a las mujeres solteras:

Prácticamente en todo el mundo, las mujeres no han podido alcanzar los puestos de mayor responsabilidad en las principales empresas y organizaciones del sector privado, con independencia de sus competencias profesionales," señala Linda Wirth, especialista en asuntos laborales de la OIT y autora del informe. "Las mujeres constituyen más del 40 por ciento de la población activa mundial. Sin embargo, sus cuotas de acceso a este tipo de puestos siguen siendo inaceptablemente reducidas y sólo una pequeña proporción logran superar las

² When we look at the marriage customs of our ancestors, we discover several striking facts. For example, for the most of Western history, marriage was not a mere personal matter concerning only husband and wife, but rather the business of their two families which brought them together. Most marriages, therefore, were arranged. Moreover, the wife usually had much fewer rights than her husband and was expected to be subservient to him. To a considerable extent, marriage was also an economic arrangement. There was little room for romantic love, and even simple affection was not considered essential. Procreation and cooperation were the main marital duties (Magnus Hirschfeld, *History of marriage in western civilization* [en línea], dirección URL: http://www2.huberlin.de/sexology/ATLAS_EN/html/history_of_marriage_in_western.html, [consulta: 1 de enero de 2010])

³ Los sistemas de parentesco no sólo intercambian mujeres. Intercambian acceso sexual, situación genealógica, nombres de linaje y antepasados, y antepasados, derechos y *personas* -hombres, mujeres y niños- en sistemas concretos de relaciones sociales. Esas relaciones siempre incluyen ciertos derechos para los hombres, otros para las mujeres. "Intercambio de mujeres" es una forma abreviada para expresar que las relaciones sociales de un sistema de parentesco especifican que los hombres tienen ciertos derechos sobre sus parientes mujeres, y que las mujeres no tienen los mismos derechos ni sobre sí mismas ni sobre sus parientes hombres. En este sentido, el intercambio de mujeres es una percepción profunda de un sistema en que las mujeres no tienen pleno derecho sobre sí mismas. En resumen, una exégesis de las teorías de Lévi-Strauss sobre el parentesco permite derivar algunas generalidades básicas sobre la organización de la sexualidad humana, a saber: el tabú del incesto, la heterosexualidad obligatoria y la división asimétrica de los sexos. La asimetría del género -la diferencia entre el que intercambia y la que es intercambiada- implica la coerción de la sexualidad femenina. Los sistemas de parentesco concretos tienen convenciones específicas, que varían mucho. Los sistemas socio-sexuales particulares valían, pero cada uno es específico, y los individuos dentro de él tienen que conformarse a un conjunto de posibilidades finito. Cada generación nueva tiene que aprender y devenir su destino sexual, cada persona tiene que ser codificada dentro del sistema en su situación apropiada. Para cualquiera de nosotros sería extraordinario resolver suponer tranquilamente que hemos de casarnos convencionalmente con la hija del hermano de nuestra madre, o con el hijo de la hermana de nuestro padre: sin embargo existen grupos en que ese futuro conyugal se da por sentado. (Rubin, Gayle, *El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo* [en línea], dirección URL: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/159/15903007.pdf>, [consulta: 1 de enero de 2010])

barreras invisibles que las separan de los niveles superiores de dirección. (Anónimo 1998: 6)

El mensaje parece ser claro, en algún punto: las mujeres deben estar subordinadas en todos los ámbitos, y además, si quieren disfrutar de un sueldo equiparable, deben emparejarse con un hombre.

Mi objetivo en este *paper*, desde ya, no intentará descifrar e indagar mucho más en la naturaleza de las bodas y los cortejos nupciales. Simplemente me he permitido esta digresión para ilustrar, a grandes rasgos, las operaciones teóricas que llevaré adelante: examinar y aislar los elementos de los relatos de Samanta Schweblin que me permitan sumergirme en el intenso y por momentos abrumante mundo de la cultura femenina.⁴ Mi intención al concluir estas páginas es poder dar una caracterización exacta y fiel de las funciones y características que las mujeres deben cumplir en ellos y los modos en que logran articular su identidad. Antes de proceder, sin embargo, debo hacer una pequeña enumeración de los conceptos teóricos que utilizaré.

Marco teórico

Mi principal anclaje teórico está dado por la noción de falologocentrismo: por esto entendemos un sistema que toma individuos genéticamente sexuados (con genitales masculinos o femeninos) y en base a estos les asigna prácticas y subjetividades que el sistema hace pasar como “normales” y “típicas”. El sistema utiliza la diferencia en su acepción negativa (uno es lo que el otro no) para establecer las relaciones entre los sujetos: las mujeres se transforman en seres rodeados por la negatividad y definidas como –lo que no son los hombres-. El hombre, en esta especie de círculo vicioso, consigue así alimentarse por estos estímulos para justificar su dominación. Terry Eagleton, en su fenomenal libro *Introducción a la teoría literaria*, lo resume de forma sucinta y precisa:

⁴ El concepto de “lo femenino”, por supuesto es complejo y amplio. A los fines de este trabajo, me gustaría utilizar la siguiente definición de “femenino”, y por extensión, de “literatura femenina”: Las diferencias entre “literatura masculina” y “literatura masculina”, más que estar relacionadas con el sexo/género de sus autores y autoras lo están con la adopción de una posición hegemónica o marginal, tradicional o innovadora, con la elección de temas que pertenecen al ámbito público o al privado, con la identificación o la subversión de los roles y los modelos culturales. Es lo que paralelamente Jonathan Culler sostiene a propósito de las posiciones que el lector o lectora pueden adoptar ante el texto, que puede asimilar contenidos más o menos femeninos o masculinos, independientemente del hecho de ser hombre o mujer (Culler, 1982). (Arriaga Flórez, Mercedes, *Literatura escrita por mujeres, literatura femenina y literatura feminista en Italia* [en línea], dirección URL <http://www.escriitorasyescrituras.com/cv/litmujer.pdf>, [consulta: 1 de enero de 2010]) Es decir, trabajaré con la noción de que escribir es siempre asumir un rol. Y en el caso en particular de la literatura propuesta por Schweblin, afirmaré que ese rol dedicado a las mujeres en su relato tiende a ser el de la sumisión: así, la posición discursiva es aquella de la marginalidad y de la otredad.

For the feminine is at once constructed within the symbolic order, like any gender, and yet is relegated to its margins, judged inferior to masculine power. The woman is both 'inside' and 'outside' male society, both a romantically idealized member of it and a victimized outcast. She is sometimes what stands between man and chaos, and sometimes the embodiment of chaos itself. This is why she troubles the neat categories of such a regime, blurring its well-defined boundaries. Women are represented within male-governed society, fixed by sign, image, meaning, yet because they are also the 'negative' of that social order there is always in them something which is left over, superfluous, unrepresentable, which refuses to be figured there. (Eagleton 1996: 130)

El falologocentrismo, así, cumple una doble función: por un lado, les da a los hombres la oposición necesaria para poder mantenerse como clase dominante, y poder legislar. Por el otro, desarma cualquier tipo de unión posible entre mujeres: siendo constantemente bombardeadas con la idea de su esencia inferior, los lazos que las mujeres pueden formar se remiten al completo extrañamiento (“Soy loca, soy rara, ¿qué soy?”) o a la competencia virulenta y atroz.⁵ Este discurso tiene su manifestación más clara en lo que Luce Irigaray denomina homo-dominio de la representación, la idea de que las mujeres son vistas como los signos negativos que, a su vez, permiten el funcionamiento del sistema. Son el espejo que devuelve una imagen inferior (en el mejor de los casos, un hombre castrado, en el peor, un ser débil y defectuoso) que confirma la superioridad del que observa (los varones, claramente) y son fundamentales ya que garantizan el desempeño de este andamiaje simbólico que también sostiene esa certeza tranquilizadora de lo mismo.

Estos son los dos lineamientos que utilizaré con mayor frecuencia y sobre los cuales insistiré. Por supuesto, algunos cuentos requerirán otras herramientas no tan fácilmente sistematizables como estas, las cuales serán debidamente aclaradas.

El corpus estará formado por *Matar a un perro*, *Mujeres desesperadas* y *Adaliana*, todos relatos que conforman la colección *El núcleo del disturbio* de Samanta Schweblin. En ellos, intentaré observar la forma en que lo masculino y lo femenino es descrito, la profunda relación que existe entre ambos conceptos y la forma que el falologocentrismo hace su aparición.

Mujeres desesperadas (por definirse)

⁵ El mejor ejemplo sea acaso el papel de las mujeres en el mundo empresarial: si una mujer quiere o aspira a encabezar algún tipo de posición de poder, se le pedirá y se le obligará que exhiba ciertas características masculinas (o las características culturales asociadas con lo masculino).

El cuento abre con un claro contraste entre dos actitudes y dos personas: Felicidad y Nené, contraste ya evidenciado desde el nombre. Felicidad es una joven novia que, por razones que desconocemos, ha sido abandonada y cuyo reciente marido la ha dejado en una ruta. Nené⁶, en cambio, es una señora mucho más curtida y que, si bien el narrador no lo explicita, podemos inferir ha sido abandonada muchas veces. Esta oposición articula todo el relato: Felicidad es una persona joven que se “asusta y grita”, que no puede evitar llorar y expresar sus sentimientos, que está dispuesta a esperar hasta el final de los días por su marido, con grandes dificultades a causa del dolor para poder hablar o mantener una conversación. Nené es todo lo contrario: es una mujer de rasgos fuertes y decididos, dura y tosca, “vieja y amarga”, que no se conmueve ante nada y, de hecho, manifiesta un odio profundo hacia las mujeres que lo único que pueden hacer es llorar. Su importancia para el relato es mayor que la de Felicidad, pues es la que se encarga de expresar la dinámica que domina la diégesis:

-Mirá- dice Nené-, te la hago corta porque esto no da para más. – Nené pisa el cigarrillo como enfatizando las frases-: se cansan de esperar y te dejan. Eso es todo. (Schweblin 2002:40)

Parece que esperar es algo que no toleran. Entonces ellas lloran y los esperan... - continúa Nené- , y los esperan... Y sobre todo lo demás, y durante todo el tiempo: lloran, lloran y lloran. (Schweblin 2002:41)

Es posible catalogar a este discurso como falologocéntrico, ya que opera de una forma similar a la que describí en nuestra introducción conceptual: establece posiciones discursivas y sociales para los agentes a los que abarca (a todos los protagonistas del relato, es decir, a todas las personas del universo narrativo), y las condiciona tanto en su accionar como en su capacidad de acción: según este mandato, si uno es hombre debe “cansarse de esperar y alejarse”, si una es mujer, lo correcto es esperar y llorar, y llorar y llorar. De cierta forma, esta oposición remite a la clásica división laboral entre las sociedades cazadoras-recolectoras: los hombres deben irse y alejarse, mientras que las mujeres deben permanecer en los hogares. Dos seres cuyos funciones dentro de la sociedad están definidas en base al establecimiento de roles preestablecidos, lo que en este cuento en particular genera una complementación perversa: el hombre necesita de la mujer para poder realizarse como tal (es decir, para poder ser hombre y cumplir su rol como tal, debe –irse-), la mujer, para ser una mujer (o lo que es lo mismo en este universo narrativo, una mujer casada) necesita ser desposada y en este despojamiento legitimada en su estatus para desarrollar de forma plena su identidad. Más interesante sea, acaso, otro efecto que este discurso mantiene sobre

⁶ Un análisis de tintes más marcadamente estructuralistas podría pensar que los nombres mismos son indicativos: Nené como una mujer masculinizada, Felicidad como una mujer condenada de forma irónica a nunca encontrar lo que busca y lleva en su identidad. Ese, sin embargo, no es el eje de mi análisis, por lo tanto solo lo menciono a modo de curiosidad.

las mujeres: *Felicidad pierde su atención sobre el recorrido del cigarrillo. Cuando más necesita del apoyo fraternal, cuando sólo otra mujer podría comprender lo que ella siente (...), ella sólo tiene a esa mujer arrogante que antes le hablaba y ahora le grita.* (Schweblin 2002:41) Los efectos no semióticos producto del discurso (claramente) semiótico son los mismos del falologocentrismo: las mujeres, aquellas criaturas "estúpidas desgraciadas" en palabras de Nené sufren una doble condena pues, por un lado, están condenadas a esperar que su hombre vuelva, y por el otro padecen la condena de la torre de Babel. Deberán vagar por la tierra peleándose entre ellas sin posibilidad alguna de entendimiento que no sea la confrontación⁷:

Sí. Lloran. ¡Sí, lloran! ¡Lloran toda la maldita noche! ¿No me vez la cara? – Nené señala su rostro- ¿Cuándo dormimos? ¡Nunca!, nun-ca. Lo único que hacemos es oírlas todas las malditas noches. Y no lo vamos a soportar más, ¿se entiende? (Schweblin 2002:43)

Ante el mismo dolor, ante la misma angustia, solo queda la resignación y girar la cabeza. Las mujeres no pueden comprender ni su dolor ni el ajeno.

La pregunta que queda en el lector, después de semejante panorama, no puede ser otra que "¿y qué ocurriría si el orden se invirtiese?" La narración no deja lugar a las dudas y plantea el escenario ella misma: un auto se acerca y, a diferencia de lo que siempre pasa, es la persona con el cromosoma Y la que desciende. Es curioso el gesto que realiza, y la descripción que nos otorgan cuando esto toma lugar:

Pero el que se baja es él. Con las luces recortando el camino aún no ha visto a las mujeres y baja apurado buscando en su pantalón la hebilla de la bragueta con la que bajará el cierre (el subrayado es mío). Entonces el barullo aumenta. Las risas y las burlas se olvidan de Nené y se dirigen exclusivamente a él. (Schweblin 2002:48)

⁷ Se podría hacer una lectura psicoanalítica, teniendo en cuenta las conclusiones a las que llega Gayle Rubin luego de estudiar la obra de Freud y Lacan: La madre, y por extensión todas las mujeres, sólo pueden ser amadas con propiedad por alguien "con pene" (falo). Como la niña no tiene "falo", no tiene "derecho" a amar a su madre ni a ninguna otra mujer, puesto que ella misma está destinada a algún hombre. No tiene la prenda simbólica que se puede cambiar por una mujer. (Rubin, Gayle, *El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo* [en línea], dirección URL: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/159/15903007.pdf>, [consulta: 1 de enero de 2010]) Así, en el relato se haría presente una de las consecuencias más atroces del falologocentrismo: las dificultades de las mujeres para relacionarse entre sí.

El hombre toma su símbolo de la virilidad, la parte no semiótica que refleja a todas luces la verdad semiótica: el intercambio de roles es una amenaza a la testosterona y a la auto-estima. De vuelta, el discurso sexista se manifiesta con plena potencia: el lugar de la mujer funciona con tanto efecto que un hombre no puede concebir, siquiera un segundo, ocupar una posición femenina. El final es significativo: *-No- dice Nené, suelta una bocanada de humo y agrega-: vuelven por él.* (Schweblin 2002:51) No sabemos quién (o qué) vuelve por él, pero podemos inferirlo: es todo aquello que se encarga de legitimar y asegurarse de que las cosas no cambien y de apaciguar cualquier intento de rebelión. La posibilidad del cambio (o de la igualdad: un hombre esperando como una mujer) debe ser silenciada de cualquier forma posible.

El sistema no permite las anomalías, y las transgresiones son castigadas con la pena máxima, la presunta muerte. De esta forma, otorga el pie perfecto para pasar a investigar la siguiente gran arista del discurso: ¿qué implica ser un hombre para un sistema que cultiva el homodominio de la representación?

Matar a un alma

El silencio, aquello que toda narración debe necesariamente interrumpir, se quiebra con una escena de tinte claramente iniciático: no sabemos muy bien a qué ni por qué, pero tenemos una pareja de hombres cuyo objetivo es matar a un perro. Las razones crípticas son expuestas de forma más o menos intempestiva en el primer párrafo:

Si no hago las cosas bien no entro, y si no entro no hay plata, no hay otra razón para entrar. (...) Ellos dicen: algo peor, y miran hacia otro lado, como si nosotros, la gente que todavía no entró, no supiéramos que peor es matar a una persona, golpear a una persona hasta matarla. (Schweblin 2002:31)

Hay un orden al que se debe entrar, y ese orden es el de la violencia. Sería conveniente en este apartado aclarar qué entiendo por violencia:

acto vincular cuyo objetivo es el deseo de matar, eliminar psíquicamente o físicamente a otro sujeto, o matar el deseo en el otro, lo humano en el otro, transformándolo en un no sujeto al privarlo de todo instrumento de placer y por ende de existencia. (Aguilar 2007:2)

Así, de esta forma, hay una relación inexorable entre la violencia y el aniquilamiento: la violencia se convierte en un medio para la eliminación de la diferencia mediante la desaparición del diferente. Sin embargo, la caracterización de violencia en este relato no termina ahí sino que establece una relación: es el orden de la violencia, pero íntimamente ligado a la ganancia capitalista. Al igual que en relato anterior, cuento con suficientes materiales para poder justificar que este orden inicial es aquél del falologocentrismo. Por un lado, no resulta demasiado difícil responsabilizar al homodominio de la representación como causante de la violencia social e histórica: es un orden cuyas condiciones de producción requieren el sometimiento, la domesticación y la aniquilación de la diferencia. La paranoia que produce la otredad nunca puede disiparse completamente, lo que conlleva a que la humanidad discrimine a todos los grupos considerados “diferentes”, en un intento desesperado para asegurar la tranquilidad producida por la certeza de lo mismo. En este caso, la narrativa lo metaforiza⁸ con la figura del perro: es la matanza de todo aquello que se considera salvaje e inferior. Es una lógica instrumental bajo la cual el narrador se equivoca: no existen muchas diferencias morales entre matar a un perro y matar a una persona. Si se puede lograr una, también se puede lograr la otra. Todo es cuestión de práctica. Incluso, lo absolutamente metódico y racional del asunto, el hecho de que no se trata de una operación pasional (gran responsable de muchos asesinatos), sino que es una acción meditada y planeada está graficado en el texto, al punto que se plantean las razones por las que la violencia ocurre:

Matar a alguien en especial, alguien ya elegido, es fácil. Pero tener que elegir quien deberá morir requiere tiempo y experiencia. El perro más viejo o el más joven o el de aspecto más agresivo. Debo elegir. Es seguro que el Topo mira desde el auto y sonrío. Debe pensar que nadie que no sea como ellos es capaz de matar (el subrayado es mío) (Schweblin 2002:32)

De forma ligeramente cínica, la violencia ocupa el lugar discursivo que un lingüista catalogaría como autorización para la iniciativa discursiva, similar al cetro que solían pasarse los griegos durante las asambleas para poder hacer uso de la palabra. Solo aquel que pueda ejercerla sin tapujos y de forma sistemática podrá entrar al selecto grupo propuesto por el topo (los hombres, por qué no).

⁸ Me baso en los lineamientos propuestos por la filósofa italiana Luisa Muraro quien, siguiendo a Roman Jakobson, distingue entre la metáfora y la metonimia. La metáfora es el arma principal esgrimida por el falologocentrismo, es la política del reemplazo que necesita para poder sostenerse semióticamente (como ya vimos, con las mujeres como “víctima” preferida). Así, en el relato de Schweblin, se puede leer una especie de doble mimesis enloquecida: en él se pueden observar ciertas líneas de lectura para pensar sobre el orden simbólico que nos domina (el falologocentrismo) y se estructura, a su vez, alrededor de un recurso narrativo (la metáfora) que es también la matriz de pensamiento reinante en nuestra cultura.

El relato extrema esta cuestión y la tensa hasta su cenit: la aniquilación, la destrucción se puede justificar en la medida en que se haga de ella una producción y un trabajo humano. Horkheimer, en su *Crítica de la razón instrumental*, ya advertía sobre los peligros que implica la presencia (y dominancia) de la razón instrumental por sobre todas las cosas:

¿Cuáles son las consecuencias de la formalización de la razón? La justicia, la igualdad, la felicidad, la tolerancia, todos los conceptos que, como hemos dicho, los siglos pasados consideraban inmanentes a la razón o sancionados por ella, han perdido sus raíces espirituales. Todavía continúan siendo fines y metas, pero no hay instancia racional alguna habilitada para atribuirles un valor y ponerlos en conexión con una realidad objetiva. (Horkheimer 1973:33)

Así, siguiendo los lineamientos propuestos por Adorno y Horkheimer en su clásico libro *Dialéctica del iluminismo*, se entiende el verdadero peligro que constituye que conceptos tales como el trabajo, la justicia o la verdad entren al difuso reino de la razón subjetiva. Estos conceptos, que anteriormente poseían un sustrato teórico y práctico propio, ahora se vuelven meros residuos los cuales invocamos por alguna necesidad argumentativa. Así, no han logrado acceder a los ámbitos de racionalidad cotidiana y han sido reemplazados por los factores instrumentales. Este relato de Schweblin otorga un perfecto ejemplo de esto, al trazar una relación tan íntima entre la idea de trabajo y la justificación de una matanza. De esta forma, en la medida en que se pueda justificar una carnicería en nombre de la razón (y en la medida, como consecuencia, que la razón sea considerada el valor más alto de la civilización y el cual se debe perseguir a cualquier precio), estos crímenes seguirán ocurriendo. El próximo párrafo resume de forma magistral como esta idea de razón instrumental se enlaza sin ningún problema a la lógica de inclusión / exclusión planteada por el falologocentrismo:

Sí, voy a trabajar así. Pienso en lo que dije: trabajar, me **gusta saber que puedo hablar como ellos**. (Schweblin 2002:34)

El trabajo humano como justificación para la matanza, la pertenencia y la metáfora como la lógica dominante⁹ y la razón en su forma más sanguinaria, la instrumental, la que lleva a hacer del anatema de que el fin justifica los medios una religión. Por supuesto, esto puede salir mal:

⁹ Ver nota 15.

Me asomo por la ventanilla y le pregunto qué va a pasar ahora. Nada, dice: usted dudó. Enciende el motor y el Peugeot se aleja en silencio. Cuando miro a mi alrededor me doy cuenta de que me dejó en la plaza. En la misma plaza. Desde el centro, cerca de la fuente, un grupo de perros se incorpora, poco a poco, y me mira. (Schweblin 2002:36)

El sistema, al igual que en el relato anterior, no admitirá dudas ni diletantes. Si no se está seguro ni convencido de que lo se hace, mejor quedarse callado. O las fieras atacarán.

Conclusión

He analizado en profundidad la forma en que el falologocentrismo muestra sus narices en los relatos de Samanta Schweblin, estableciendo un sistema discursivo que provee de posiciones relativamente fijas y estables a los actores que participan de los relatos, y los condiciona para actuar de determinadas formas y, en estos accionares, termina conformando su identidad o parte de la misma (¿qué es una mujer? Alguien que debe llorar y esperar sin poder reconocer a sí misma en sus compañeras, cercenando así cualquier posibilidad de vínculo positivo). Por supuesto, cualquier sistema, parafraseando a Derrida, ofrece pequeñas “trampas” y atajos que le permiten a uno colocarse fuera del mismo, pero el precio a pagar por usarlas puede ser exageradamente alto: la locura, como vimos en el cuento *Adaliana* o la muerte misma, como ocurre (figuradamente) en *Mujeres desesperadas* o en *Matar un perro*. Como siempre e inevitablemente ocurre en este tipo de trabajos, quedan varias aristas que no he tratado: por un lado, si bien tracé unas pequeñas puntas y observaciones en nuestro análisis del cuento *Matar un perro* y la imposibilidad masculina de aceptar siquiera ligeramente un posible rol femenino en *Mujeres desesperadas*, no indagué en las formas que el falologocentrismo condiciona la masculinidad con la hondura que dicho tema merece. Es evidente que ser hombre en nuestra cultura es una tarea ardua que obliga a reprimir varias emociones (*Boys don't cry* cantaba *The Cure*, allá por los ochentas). Tampoco estudié, con el detenimiento que merece, el círculo vicioso que representa la eterna necesidad masculina de ver a la mujer como reflejo y comprobación de su superioridad. También sería necesario examinar las formas de subvertir el orden, pues todo orden discursivo puede, por su misma naturaleza, ser contrarrestado por otros discursos y otras prácticas sociales. ¿Es la denuncia de la opresión y su exposición un acto de militancia en sí mismo o se requieren otras formas más innovadoras para combatirla?

En este sentido, una combinación de estos relatos con las herramientas que el feminismo de la diferencia nos ha otorgado podría revelar interesantes significados ocultos.

Quedaría, entonces, para otro investigador retomar este fructífero camino de investigación y proceder en esta tarea.

Bibliografía

Aguiar, Elina, *Violencia y pareja* [en línea], dirección URL: http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/libros/violencia/01_AGUIAR,%20Violencia%20y%20pareja.pdf, [consulta: 1 de enero de 2010]

Anónimo, *¿Se acabarán superando las barreras invisibles? Mujeres en puestos directivos: Son pocas las elegidas.* [en línea], dirección URL: <http://international.vlex.com/vid/acabaran-superando-invisibles-elegidas-119555>, [consulta: 1 de enero de 2010]

Arriaga Flórez, Mercedes, *Literatura escrita por mujeres, literatura femenina y literatura feminista en Italia* [en línea], dirección URL: <http://www.escriptorasyescrituras.com/cv/litmujer.pdf>, [consulta: 1 de enero de 2010]

Eagleton, Terry (1996). *Literary Theory: An introduction*, Gran Bretaña, Blackwell Publishers Ltd.

Horkheimer, Max *Crítica de la razón instrumental* [en línea], dirección URL: <http://www.scribd.com/doc/7247171/Horkheimer-Max-Critica-de-La-Razon-Instrumental> [consulta: 1 de enero de 2010]

Hirschfeld, Magnus, *History of marriage in western civilization* [en línea], dirección URL: http://www2.hu-berlin.de/sexology/ATLAS_EN/html/history_of_marriage_in_western.html, [consulta: 1 de enero de 2010]

Rubin, Gayle, *El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo* [en línea], dirección URL: <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/159/15903007.pdf>, [consulta: 1 de enero de 2010]

Schweblin, Samanta (2002). *El núcleo del disturbio*, Argentina, Editorial Destino.